

El sector rural venezolano

Alberto Micheo

- * **En treinta años de democracia no se ha logrado la autosuficiencia alimentaria.**
- * **Los resultados a nivel productivo muestran las equivocaciones en las políticas empleadas y en la asignación de recursos.**
- * **La democracia practicada fundamentalmente como control partidista, tiene sus límites. La crisis actual está despertando inquietudes y resentimientos en el campo.**
- * **¿Hay un "milagro agrícola"? ¿Realmente se está logrando una sociedad rural satisfecha de vivir en el campo y de producir en él? ¿Qué raíces estructurales habría que cambiar para lograr el verdadero "milagro"?**

El día 12 de Octubre se celebró en la sede central de la FAO, en Roma, una asamblea mundial sobre la situación del sector rural. Asistieron representaciones del Primero y del Tercer Mundo. Uno quedaba desconcertado ante la distancia de las situaciones descritas por las delegaciones. Resultaba desconcertante el ver cómo un mismo sujeto —LA TIERRA— pudiera producir efectos tan dispares: Los "Farmers" americanos y los campesinos de Sri Lanka; los agricultores alemanes, italianos y franceses, y las mujeres agricultoras de África o los campesinos de América Latina.

Al constatar tales diferencias parecía que el Congreso iba a terminar en un fracaso total. ¿Cómo encontrar un mínimo de lenguaje común para poder dialogar? Sin embargo, a pesar de las abismales diferencias, fue interesante descubrir el siguiente elemento común: "Un consenso general del lugar secundario que el sector rural ocupa en los procesos de desarrollo de cada uno de los países, incluyendo los muy desarrollados. Claro que en el Primer Mundo esto significa un puesto secundario dentro de la Economía Nacional. En cambio en el Tercer Mundo, el lugar secundario significa una marginación absoluta".

Nos interesó analizar el contenido y la forma de funcionamiento del sector en el mundo desarrollado. Tal vez podríamos sacar de allí algunas lecciones.

ECONOMIA DE MERCADO

Los representantes del Tercer Mundo esperábamos admirar el funcionamiento de la Economía de Mercado como base de su bienestar. Una política agrícola basada en la libertad de mercado, precios, oferta y demanda, competencia libre, etc. Fue interesante constatar en las descripciones de la gente del Primer Mundo, que en su sector agrícola apenas funciona la economía de mercado. Un representante de los agricultores europeos organizados lo expresaba con claridad:

"Nosotros vivimos bien. Nuestro nivel de vida se puede comparar con el promedio del mundo industrial urbano. Sin embargo, nuestro bienestar no depen-

de tanto de las ganancias que nos proporcionan los precios de nuestros productos en el mercado. También a nosotros el Estado nos controla los precios y a veces perdemos según los costos. Lo que pasa es que el Estado reconoce la importancia del sector rural y de los alimentos y nos compensa las diferencias con subsidios y otros beneficios sociales".

Así se entiende que en Europa se sigan produciendo alimentos aunque tengan millones de toneladas almacenados y que no van a los mercados. Lo mismo se diga de los norteamericanos con sus miles de silos de cereales acumulados y que el Estado hasta paga a los productores para que no produzcan más. Si toda esta producción fuera al mercado libre mundial, el desastre sería monumental tanto a nivel de los productores como de muchos países dependientes del mercado de sus productos agrícolas.

No hay duda que la teoría económica capitalista está fundamentalmente concebida para el desarrollo del sector industrial. El sector agrícola, el de la producción de alimentos, está al servicio del desarrollo de este sector. En cierto sentido, hasta subsidia ese desarrollo. Hay efectos sociales, causados por el proceso de industrialización, que son pagados por los productores agrícolas. Por ejemplo, la industrialización provoca un enorme contingente de población que se amontona alrededor de los polos industriales y que viven sin conseguir trabajo por mucho tiempo. Todo este contingente social tiene que comer y la industria no les proporciona medios. De ahí la actitud de los gobernantes de controlar los precios de los alimentos para que todo este contingente social pueda subsistir.

Esta política significa la eliminación del sistema de la libertad de mercado en el sector agrícola, en detrimento del sector. Los países más conscientes compensan este deterioro con otro tipo de beneficios sociales o de subsidios a los productores, para que sigan produciendo alimentos. Esto sucede en los países más capitalistas y avanzados. Precisamente este reconocimiento y la compensación que los productores agrícolas reciben por otro la-

do, al margen del libre mercado de productos y precios, confirma la tesis de que el sector rural ocupa un lugar secundario, al servicio de la corriente industrial.

La realidad en los países en vías de desarrollo es muy distinta. El mito de la industrialización hace que al sector rural y agrícola se le quite todo su valor. Los gobernantes controlan arbitrariamente los precios de los alimentos para que el contingente social de los cinturones de miseria pueda comer y ni se les pasa por la mente compensar a los productores agrícolas con incentivos para seguir produciendo más allá de sus propias necesidades de consumo. De ahí, no ya un lugar secundario del sector al servicio del desarrollo industrial, sino una marginación total en la corriente económica nacional.

Como consecuencia, un sector miserable, con escasa productividad, sin motivaciones para crecer y hasta con necesidad de comprar alimentos en el exterior...

EL CASO VENEZOLANO

En estos últimos años hemos estado celebrando varios aniversarios. Casi todos ellos contados a partir de la implantación de nuestro sistema democrático. Uno de ellos ha sido el de los 25 años de la proclamación de la Ley de Reforma Agraria. Mucho se ha escrito sobre este acontecimiento, sobre el proceso de la Economía Agrícola y situación rural. Los juicios emitidos al respecto no han podido ser más dispares. Desde un romanticismo triunfal, hasta afirmaciones de desastre total. Es

bien difícil arriesgar una evaluación objetiva.

Ante todo debemos descartar la idea de que nada se ha hecho. Ha habido cierta preocupación, por lo menos a nivel de pronunciamientos. Se ha aprobado y publicado una legislación para enmarcar los objetivos y las líneas de acción en el sector agrario. Se han instaurado organismos específicos, tanto administrativos como financieros, para su ejecución: IAN, BANDAGRO, ICAP, FCA, etc. Se han creado diversas asociaciones gremiales campesinas para defensa de los intereses y derechos del sector rural.

Sin embargo, no basta la disponibilidad de unos recursos, por más valiosos que en sí sean. Su evaluación depende de los resultados del uso de esas disponibilidades según los objetivos que con ellos se pretenden. Estos objetivos aparecen claramente enunciados en la declaración de principios de la Ley de Reforma Agraria. Sin querer agotar todo su contenido, los podemos sintetizar en tres niveles. Ellos están íntimamente relacionados, de manera que se influyen y complementan mutuamente.

1. **Nivel productivo:** El logro de una auto-suficiencia alimentaria interna.
2. **Nivel social:** El logro de un nivel de vida rural digno, con infraestructura y servicios relativamente comparables a los centros urbanos.
3. **Nivel político:** El logro de una organización social rural para una normal participación política en la toma de decisiones nacionales, por lo menos en lo que respecta a su sector.

Nivel Productivo

La consecución de una autosuficiencia alimentaria es el mínimo que en cualquier proyecto agrícola se puede pedir. Pues bien, esta autosuficiencia alimentaria no ha sido lograda. Parece increíble, pero es la realidad. Se presentan cifras alarmantes en lo que respecta a la dependencia alimentaria del exterior. Y todos sabemos que la dependencia en el renglón de los alimentos es la peor de las dependencias. Bajo este aspecto, los resultados de la política agraria de la democracia venezolana son muy deficientes; para muchos un fracaso.

Imposible abarcar todas las razones que llevan a este resultado. Solamente queremos apuntar la que consideramos que está en la raíz de todas las demás: Los responsables de la conducción nacio-



nal no han valorado la importancia radical primordial que tiene la agricultura en el desarrollo de cualquier país. Por lo menos hasta el nivel de una autosuficiencia alimentaria. El mito de la industrialización y la rentabilidad del petróleo los ha ofuscado de tal manera que han dejado de lado la absoluta necesidad de una base alimentaria segura para la construcción del futuro nacional. Esta base no se puede sustituir por ninguna otra solución. Ni la rentabilidad del petróleo, ni las posibilidades adquisitivas de un bolívar fuerte para comprar alimentos—a corto plazo más baratos que la capacidad productiva nacional—proporcionan la seguridad necesaria. Ni siquiera se puede confiar en las virtudes de un sistema de libre empresa capitalista. Se pueden aguantar las crisis típicas del capitalismo en productos manufacturados, pero difícilmente se puede aguantar sin alimentos.

Esta verdad la tienen muy clara los países altamente desarrollados. Ante una seguridad alimentaria no quieren ningún riesgo. Por eso no tienen empacho en pasar por encima de muchas leyes de libertad de mercado, de oferta y demanda, etc.; les parecen acertados para esa seguridad sistemas de subsidios y cualquier otra medida, por más anti-sistema que sea, con tal de mantener a los productores en su lugar lo más satisfechos posible...

En Venezuela se descubre la ausencia de este convencimiento. A pesar de tanta tierra disponible y treinta años de un clima propicio para audaces decisiones políticas, no se ha llegado a producir lo suficiente para alimentar sus relativamente escasos habitantes. La falta de aquel criterio fundamental ha hecho que haya faltado voluntad política para poner los medios teóricamente previstos en la Ley de Reforma Agraria: una razonable reforma en la tenencia de la tierra, seguridad jurídica de la propiedad, infraestructura fundamental, rentabilidad del trabajo rural, educación agrícola, etc.

No se trata de un negativismo a ultranza. Tampoco queremos decir que nada se ha hecho al respecto. Se nos pueden enumerar una cantidad de decretos, recursos económicos, subsidios, destinados a la agricultura. Lo grave es que ante la deficiencia de resultados a nivel productivo, cuanto más se acumulen los recursos empleados, tanto más se demuestran las equivocaciones. Se confirma la afirmación de que esos recursos han sido regidos por objetivos distintos a la producción. De ahí que aparezcan como incoherentes, espasmódicos y excesivamente limitados en su contenido. Por ejemplo, la mayoría

de los títulos de propiedad concedidos han sido "provisorios" y en cuanto a su ubicación, más una legalización de situaciones de hecho que una planificada escogencia de tierras aptas para algún cultivo productivo.

De todas maneras, si tomamos el autoabastecimiento alimentario como una meta fundamental en la política agrícola nacional, aparece el hecho contundente que en treinta años de democracia no hemos alcanzado ese *minimum indispensable*.

Nivel Social

Nos referimos al nivel de vida de ese sector social que vive en el campo dedicado a la producción agrícola. Por una parte, el nivel de vida depende de la valoración que se dé a su trabajo productivo y por otra parte la seguridad de la producción misma depende de ese nivel de vida. Son dos aspectos de la misma realidad objetiva. Dada esta íntima relación, si hemos hablado de la escasa valoración de la producción agrícola, es lógico que el nivel social de la población rural quede afectado por ese hecho.

No hay comparación entre el nivel de vida y de servicios del sector rural con respecto al promedio urbano. La deficiencia en los servicios fundamentales de vivienda, educación, salud y comunicaciones es lamentable. Es lógica la inestabilidad de ese sector social. Precisamente la carencia de los dos servicios más fundamentales, como son la salud y la educación, son las causas más significativas de inestabilidad y la consecuente migración a centros urbanos. De ahí la inexistencia de un sector social rural estable, con una mínima satisfacción de vivir allí, con un reconocimiento suficiente del valor de su trabajo y con una visión del futuro capaz de crear una cultura.

Reconocemos la dificultad de esta tarea. La democracia se encontró con una situación muy difícil en lo que respecta a la vida social rural. El cambio de una Venezuela rural, con grandes haciendas y plantaciones, a una Venezuela petrolera, tuvo repercusiones radicales en la tradicional sociedad rural. Se habían cerrado gran número de haciendas y el peonaje que formaba unidades sociales de cierto grado de concentración alrededor de la Casa Grande, se tuvo que dispersar buscando una tierra lejos del alcance de los dueños y de la Guardia Nacional. Las presiones sociales de toda esta población sin tierra y sin trabajo, con cierto grado de peligrosidad política, hizo que la democracia tomara soluciones inediatistas con el

simple objetivo de seguridad política.

Lo que se lamenta es que se haya quedado a ese nivel de inmediatez. Se echa de menos un análisis de esa realidad y una planificación racional para ir formando unidades sociales o pequeños poblados rurales en tierras aptas para la producción de los distintos rubros y con los servicios fundamentales que garantizaran su estabilidad y seguridad de producción.

Nivel político

Uno de los logros de nuestra democracia es la estabilidad del sistema democrático. Treinta años de duración ininterrumpida, con seis cambios de gobierno, pareciera confirmar el desarrollo político venezolano. Sin embargo, la capacidad de elección de las autoridades no agota el contenido del sistema democrático. El proyecto político democrático consiste, además de la elección de las autoridades, en la formación de los diversos sectores de la sociedad para que participen en la toma de las decisiones nacionales. El peligro de todo sistema político, por más democrático que se llame, consiste en sustituir la formación para la toma de decisiones, por un control de dichas decisiones. El partidismo político tiene el peligro de caer en esa tentación.

Ultimamente se habla de una hipertrofia partidista; de una intromisión de los partidos en sectores que no son de su incumbencia; de un cogollismo en las deci-



siones. Este control partidista ha sido especialmente eficaz en el mundo rural. La ideosincrasia campesina, la ignorancia política y la dispersión de la población rural han sido aprovechados para un auténtico control partidista del sector. Las orientaciones de la Federación Campesina y demás organizaciones rurales incluyendo la aplicación de la Ley de Reforma Agraria, han estado mediatizados por intereses de partido. De ahí que la capacidad de presentación autónoma de los intereses del sector y la participación en la toma de decisiones haya sido prácticamente nula.

La democracia practicada fundamentalmente como control partidista, a base de promesas incumplidas y hasta flagrantes engaños, tiene sus límites por su misma naturaleza. La crisis actual está despertando inquietudes y resentimientos en el campo. Se están formando organizaciones que nada quieren con los partidos políticos. Se están comenzando a presentar aspiraciones sin usar el vehículo de los partidos. Es un paso positivo hacia la au-

téntica participación política.

De todas maneras, para quienes restringen la política a un simple control de la población de cualquier turbulencia social, pueden proclamar que la democracia venezolana ha obtenido un gran triunfo político en lo que respecta al sector rural.

EL MILAGRO AGRICOLA

Estos últimos tres años parece que se está rompiendo la tradicional inercia del sector agrícola venezolano. Una crisis del sostén principal de nuestra economía y de nuestra disponibilidad de alimentos ha demostrado la equivocación en que se vivía. Falló el petróleo y con él la fortaleza de nuestra moneda para comprar lo que no producíamos. Nos encontramos sin alimentos.

La necesidad obligó a tomar en serio la importancia de la agricultura. Se tomaron algunas medidas, sobre todo a nivel de incentivos de precios al productor. El sector lógicamente respondió al estímulo. Se re-

conoce una reactivación en el sector agrícola. El gobierno está magnificando los resultados ante la opinión pública. Habla del Milagro Agrícola venezolano.

Es natural que hagamos algunas reflexiones sobre este hecho. Ante todo, si ese milagro es verdadero, queda confirmada la apreciación del escaso interés tradicional de nuestros gobiernos democráticos, en lo que respecta a la agricultura. Si bastaba una simple medida de precios para solucionar el problema, ciertamente que nuestros gobernantes quedan bien malparados. Creemos que el problema es mucho más serio. Un abandono histórico del sector agrícola con su secuela de falta de producción e inexistencia de una sociedad rural satisfecha de vivir en el campo, ha dejado profundas fallas en su estructura misma: Distribución de la propiedad, seguridad social del productor, incentivos, precios, infraestructura, mercado... La falla en la consideración de la importancia de la agricultura, por parte de nuestros gobernantes, repercutió en la carencia de voluntad política para corregir ese defecto estructural. Y esa raíz defectuosa está ahí presente.

El llamado milagro agrícola se basa en el aumento significativo en la producción de un reducido número de productos aptos para reaccionar a corto plazo, poniendo a funcionar tierras inactivas de latifundios. Su motor fundamental es el incentivo de los nuevos precios. Tememos que sea un milagro puramente coyuntural, que dure hasta que la inflación normal de los insumos contrarreste el margen de ganancias y con la misma celeridad se deje de producir. Hay ya indicios de vaivenes en estos productos milagrosos: arroz..., azúcar... Tan pronto hay para exportar como hay que importar.

La seguridad alimentaria y un sector rural autosuficiente significa mucho más que eso. Dadas las necesidades inmediatas de alimentación segura de nuestra población, nos alegramos de toda mejora al plazo más corto posible. Lo que no se puede admitir es la ilusión de que todo se ha arreglado y se deje de lado la verdadera raíz del problema. Es hora de que se inicie una planificación racional para la realización de la Ley de Reforma Agraria. De acuerdo que hay que modernizarla, pero apunta claramente que el problema agrario tiene raíces estructurales y se impone una auténtica voluntad política para esas transformaciones. Aprendamos de los países más industrializados. Una segura autosuficiencia alimentaria está por encima de toda contingencia.

